

CARTA DEL DIRECTOR

Cambios en las cúpulas eclesiolásticas

Queridos amigos: En muy breve espacio de tiempo se ha producido un doble relevo: en la presidencia de la Conferencia Episcopal Española, por una parte, y por otra, en el vértice de la Iglesia romana. El día 8 del pasado mes de marzo, dejando pelos en la gatera, el obispo Ricardo Blázquez desplazó por sólo tres votos de diferencia a su contrincante, Antonio Cañizares, arzobispo de Toledo (40 contra 37), después de que el cardenal Rouco no alcanzara ni los dos tercios establecidos para obtener su tercer mandato, ni tampoco la mayoría absoluta reglamentariamente indispensable en la última votación (51 votos contra 52). El día 19 del consecutivo mes de abril, en la segunda jornada del cónclave convocado para elegir al sucesor de Juan Pablo II y en la cuarta votación de los cardenales reunidos, Joseph Ratzinger superó con holgura el listón de los dos tercios de votos requeridos.

El primero de esos dos cambios tuvo lugar en el contexto ya indicado de una decisión marcadamente administrativa, pero no exenta de trascendencia, tal como lo insinúa la tensión reflejada en la escasa diferencia numérica de los resultados. Una tensión, cuyos ingredientes pueden condicionar la línea de actuación del nuevo mandatario. Porque, en efecto, es previsible que continuará viéndose sometido a las presiones, complacientemente soportadas por su antecesor, de los que aspiran a contar con la Iglesia como aliada de sus intereses políticos. Y porque se verá envuelto en las confusiones derivadas de la resistencia en que una parte importante de la jerarquía eclesiolástica española y de los fieles se mantienen ante la tarea indispensable de promover una revisión autocrítica del papel de la Iglesia durante la Segunda República, la guerra civil y el franquismo.

De este último asunto ya me ocupé en las cartas de los números 13 y 14 de FRONTERA, a raíz de dos intervenciones episcopales representativas. La primera de ellas fue el documento aprobado en 1999 por la Conferencia Episcopal Española, con el título de “La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo XX”, en cuyo capítulo tercero, refiriéndose a la guerra civil 1936-1939, evitaba reconocer explícitamente el papel asumido por la Iglesia en aquella contienda fratricida y se limitaba a pedir perdón genéricamente por “los que se vieron implicados en acciones que el Evangelio reprueba, estuvieran en uno u otro lado de los frentes trazados por la guerra”. La segunda intervención fue la del cardenal Rouco en su discurso inaugural de la 74 asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española (3.04.2000), en que reiteró públicamente la negativa del episcopado español a reconocer las culpas de la Iglesia por su actuación durante la guerra civil y el franquismo.

Aquí sólo quisiera subrayar que, en esta revisión autocrítica, no se trata ni de suplantar la labor de los historiadores ni de remover el pasado con ánimo masoquista y conflictivo, sino de llegar al reconocimiento colectivo de los conceptos eclesiológicos obsoletos que guiaron a la Iglesia en aquella época y de desechar la persistente influencia de aquellos conceptos tanto en el planteamiento de las relaciones actuales entre la Iglesia y la sociedad civil en toda su amplitud, como en el de la vida interna de la comunidad eclesial. Tengo la convicción de que estos dos puntos –las presumibles presiones políticas y de la necesaria substitución de los conceptos eclesiológicos obsoletos– serán el banco de prueba para valorar la orientación del nuevo presidente de la Conferencia Episcopal Española, quien, en sus casi diez años de servicio episcopal en Bilbao, ha dado muestras sobradas de ponderación, de paciencia, de capacidad de integrarse, de hacer camino juntos y de asumir una realidad compleja como la del país vasco, sin crisparla.

El papa Ratzinger fue elegido en el marco de la agonía, la muerte y las exequias de Juan Pablo II, y de la hipertrofia

barroca con que se exteriorizaron. Un barroquismo que, en su desmesura, se acercó temerariamente al exhibicionismo, poco respetuoso con el pudor, y a la caricatura, tendente a representar el fondo religioso de los acontecimientos con rasgos expresivos del poder terrenal.

Acerca de Ratzinger, los lectores tuvieron ocasión de encontrar descritos en la prensa de aquellos días datos relevantes de su personalidad. Por mi parte, considero útil subrayar como altamente significativa la polémica que sostuvo con el cardenal Walter Kasper en los años 1999 y 2000. Sobre esta polémica, yo mismo publiqué una información en FRONTERA (núm. 19, julio-septiembre 2001, pp.380-384). El debate se centraba en el fundamento de las relaciones entre Iglesia universal e Iglesia local. El interés de la confrontación era, para mí, doble. Primero, que dos cardenales debatieran públicamente, desde posiciones no coincidentes. Y segundo, el tema en sí mismo.

Para Ratzinger, en términos textuales de un documento de la Congregación de la Doctrina de la Fe (28.01.1992), que él presidía, “la Iglesia universal, en su misterio fundamental, es una realidad que precede ontológicamente y temporalmente cada una de las Iglesias locales”. Según Kasper, de aquella afirmación doctrinal podían derivarse consecuencias prácticas de gran trascendencia en la vida de la Iglesia.

Escribía textualmente: “La fórmula es absolutamente problemática si la única Iglesia universal es identificada formalmente con la Iglesia de Roma, de hecho con el papa y la curia. Si así ocurre, el documento de la Congregación de la Doctrina de la Fe no puede ser considerado como una contribución a la clarificación de la eclesiología de comunión, sino que ha de ser entendido como una liquidación de aquella eclesiología y como una tentativa de restauración del centralismo romano”. En la réplica, Ratzinger citó a Leonardo Boff y alertó sobre el peligro de “relativismo eclesiológico”, consistente en afirmar que “al principio, no hubo una Iglesia universal ‘católica’, sino únicamente diversas Iglesias locales con teologías diferentes, con

diferentes ministerios...”. Subrayo la frase “relativismo eclesiológico”.

En la homilía de la misa “para elegir el romano pontífice”, el 18 del pasado mes de abril, pocas horas antes de que los cardenales se encerraran en el cónclave, Ratzinger volvió a hacer mención del relativismo, esta vez refiriéndose al terreno de las doctrinas en general y de las normas de comportamiento, y centrandó su denuncia en “la dictadura del relativismo, que no reconoce nada definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus ganas”. ¿Quién podrá, hoy día, no compartir el rechazo de esta dictadura? A esta pregunta, en que se expresa un consentimiento, le sigue otra de carácter inquisitivo y práctico: ¿cómo vivir la fe cristiana en este contexto cultural del relativismo y cómo aproximarse a conciudadanos que viven en esa actitud para anunciarles adecuadamente nuestra fe? Aquí me he acordado del cardenal Franz König, antiguo arzobispo de Viena, muerto hace pocos años. En un artículo publicado en el semanario católico inglés The Tablet (16.01.1999), manifestó, con un punto de ironía, su desacuerdo con las medidas tomadas por la Congregación de la Doctrina de la Fe, presidida entonces por Ratzinger, contra el jesuita Jacques Dupuis, por la forma de proceder de aquel dicasterio romano. Decía: “Obviamente, la Congregación tiene todo el derecho de proteger la fe, aunque actúa mejor cuando la promueve”...

* * *

En el clima, pues, de incertidumbre en que se inicia el pontificado de Benedicto XVI –¡ojalá se cumpla a lo largo de él lo que aconsejó el concilio Vaticano II: “Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo” (G.S 92)!–, este número de FRONTERA proyecta una mirada sobre las dificultades de “vivir y creer en tiempo de crisis”.

En un primer artículo, JAVIER MARTÍNEZ CORTÉS analiza la fe cristiana en el actual contexto de Occidente, y más concretamente en España, observándola tensionada por una serie de

acontecimientos que cuestionan su estructura de plausibilidad. En su reflexión centra la atención en tres de ellos: a) la globalización, que relativiza las creencias; b) la posmodernidad, que desarticula el sistema integrado de doctrinas religiosas; y c) las actitudes reactivas de la propia institución religiosa que, de hecho, elimina las posibilidades de diálogo con quienes experimentan la crisis, aumentando con ello el número de quienes abandonan la Iglesia o se ven forzados a creer “a pesar” de ella.

De esa Iglesia fracturada y de algunas de las respuestas que cabe dar a tal problema trata el artículo de JOSÉ M. CASTILLO, que profundiza en el desafío planteado al pontificado de Benedicto XVI, llamado a rehacer la comunión –que es esfuerzo de todos, incluido el papa– y animar la esperanza, porque son muchos los cristianos que la han perdido. ¿Qué futuro le espera a la Iglesia? ¿Será capaz el nuevo papa de lograr esa conexión tan urgente y necesaria con la cultura que está emergiendo? ¿Será este papado el final de una etapa en la que “la Iglesia ha sido lo que ha sido el papa que la ha gobernado”? En todo caso –concluye el autor–, cabe poner la confianza no en el papa, sino en el Espíritu de Dios que no siempre interviene en la historia humana a través de la Iglesia, sino a veces al margen de ella y, en ocasiones, incluso en contra de las orientaciones de los dirigentes eclesiásticos.

Dando un paso más, JUAN LUIS HERRERO DEL POZO partiendo del hecho de que Jesús no fundó ninguna Iglesia y, por tanto, mal podía imponer como algo absoluto un determinado modelo de ella, se plantea el tema de la reforma de la Iglesia de nuestros días si se quiere evitar verla reducida a la insignificancia. A sabiendas de que no existen recetas preestablecidas y de las dificultades del camino a recorrer, fija una mirada crítica en las tres áreas religiosas clásicas: qué creer, cómo celebrar y de qué modo organizarse, proponiendo como parámetros vitales para nunca perder el norte: redescubrir toda la creatividad innovadora del mensaje de Jesús, la inexcusabilidad del camino del

silencio y la convicción de que el Reino es que otro mundo es posible.

Las restantes secciones (Testimonios, Signos de los Tiempos, Materiales y Reseñas) completan este número que, al comienzo de una nueva etapa de la Iglesia, FRONTERA confía en que ayude a la reflexión de los lectores.

Casimir Martí